

# Tradición, Evolución, Revolución

Por RAFAEL BERNAL JIMENEZ

(Conferencia leída por su autor en el Acto de Clausura de Estudios del año de 1.945)

Cuando un hombre atina en la mayor parte de las ocasiones debe equivocarse siquiera una vez para destacar el voluminoso caudal de sus aciertos. Tal cosa va a acontecer en el presente caso, al muy ilustre Rector de esta Universidad Bolivariana, doctor Henao Botero, a quien una brumosa mañana sabanera del mes de junio en el interregno del Congreso Interamericano de Educación Católica, ocurriósele la poco afortunada idea de pedir a este oscuro cultivador de las cátedras universitarias el hablar ante vosotros en oportunidad y ceremonia tan solemnes como las que en esta hora nos tienen congregados.

La culpa de ésta, que puede ser la única equivocación rectoral del año lectivo y que tan impensadamente va a recaer sobre vosotros, no se halla en la habitual lucidez de quien en ella ha incurrido sino que es preciso buscarla en el ambiente poco estimulante de aquella que ha dado en llamarse, no sin cierta ironía, la Atenas Suramericana.

Yo, señoras y señores, no podía dejar de concurrir a la cita, como nadie puede dejar de aceptar la invitación al hogar que le es caro por la fraternidad del espíritu y el cálido bullir de los afectos.

No de hoy sino de siempre, la tierra antioqueña se ha adentrado en la geografía íntima de mi pensamiento, con la obsesional preocupación de un panorama vitalizante. Cuando desde la lejana adolescencia la imaginación pugnaba por descubrir desde la cúspide gris de Monserrate, las cimas de estas montañas severas con la curiosidad con que Ulises otease desde los arrecifes glaucos las en-

## RAFAEL BERNAL JIMENEZ

hastas cordilleras de los Cíclopes; cuando luego, en el alba de la juventud se hizo rodar la cuadriga desalada de los sueños de gloria, bajo la lumbre de estos cielos metálicos; cuando los nombres eximios de sus pensadores y de sus poetas han venido desfilando por las silenciosas avenidas de la vivencia intelectual; cuando se ha sentido el caliginoso esfuerzo de este pueblo que forja el progreso nacional a golpes de inteligencia y de músculo desde el hervoroso seno de las fábricas y las crepitantes entrañas de los socavones, entonces nace y se robustece una relación de admiración y simpatía que, acaso justifique la presencia menos que ocasional de quien no se ha considerado nunca un extraño entre vosotros.

Cuando todas aquellas circunstancias concurren, se entiende el sentido de patria como la incorporación a la propia existencia de un núcleo étnico y geográfico por los nexos del conocimiento y del aprecio; aquéllos dejan de ser simplemente parte de la heredad patricia, para convertirse en el hogar mismo, en la órbita emocional de nuestra propia vida, en el ámbito cordial de nuestro ser verdadero, cuando, a más de esa simpatía racional, podemos decir que ya las inquietudes de un pueblo son las inquietudes nuestras por haber elegido su sangre para que ella circule en la sangre de nuestros propios hijos.

La escala ascendente del progreso antioqueño ha venido describiendo una trayectoria armónica. No se ha circunscrito él dentro del radio de las actividades industriales y mercantiles; también ha contemplado las esferas culturales en todos sus aspectos. Índice muy significativo de su alto nivel universitario, es esta fábrica de la sabiduría y de la virtud íntimamente vinculada a la clara memoria de monseñor Manuel José Sierra, su primer Rector, al esfuerzo estimulante de los excelentísimos arzobispos Cayzedo, Salazar y García Benítez y a la desvelada inteligencia de su rector actual, el doctor Félix Henao Botero.

La Universidad Católica Bolivariana, cuyo ilustre cuerpo de catedráticos honraría cualquier centro universitario europeo y cuyo caudaloso personal docente está pregonando la excelencia de sus disciplinas, continúa en Colombia la auténtica tradición universitaria del mundo occidental; porque católicas como ella y como ella severas y escolásticas, fueron todas las más preclaras universidades de la martirizada pero excelsa cultura de Occidente: desde la de Heidelberg, sobre las clásicas aguas del Rhin, hasta la de Cambridge, en el corazón de las colinas británicas; desde la de Colonia, floreciente bajo la abrumadora sabiduría de Alberto de Bolstad, hasta la de Bolonia, inmortalizada por la presencia del divino Aquinate; desde la de París, nacida de la mente fecunda de Roberto Sorbon, hasta la de Oxford, alentada por la voluntad creadora de Walter de Merton; desde las de Coimbra y Salamanca, veneros de la intelectualidad del mundo ibérico, hasta las palatinas que nutrieran el cerebro de los pensadores germánicos y de las que Carlo Magno, fundador y patrono, fuese al mismo tiempo emperador y estudiante.

## Tradición, Evolución, Revolución

Centros fueron ellas y veneros de la vida cultural del viejo mundo; "alma mater" y emporios nutricios de donde salieron para el resto del ecúmene las ondas de cultura que deberían afirmar la supremacía del hombre sobre la naturaleza. Nacidas al calor de un hondo ímpetu de sabiduría y de fé cristianas, su creación bastaría para reivindicar en los dominios de la civilización el prestigio de aquella luminosa Edad Media, víctima de una de las más sombrías calumnias del indocto saber iluminista.

---

Y porque he de departir con vosotros unos minutos al amparo propicio de vuestra benevolencia, ningún tema más adecuado que éste que dice relación al análisis de los valores de la tradición frente a la corriente ineluctable de la evolución renovadora.

Tradición y revolución, historia y progreso, estática y dinámica de las formas de la vida colectiva, conservación y evolución, todas estas expresiones se presentan como dotadas de un sentido antitético en la interpretación sociológica de la cultura humana.

Nos hemos acostumbrado a identificar el espíritu tradicionalista con la tendencia del anticuario al culto de los documentos pretéritos o con el afán del arqueólogo por la colección de objetos de las edades arcaicas; nos hemos igualmente habituado a pensar en el revolucionario como en el desmelenado demolidor iconoclasta, obsesionado sembrador de utopías o gesticulante agitador de multitudes. Acaso la filosofía no va a justificar tales descripciones; ella podrá convencernos de que la tradición no es el helado cofre donde se conservan los estáticos recuerdos del pasado, ni la revolución el arsenal anarquista donde clandestinamente se ocultan las materias explosivas.

Tradición es sinónimo de transmisión hereditaria, es decir de traspaso que una generación hace a otra del acervo de su saber y de sus experiencias; esa significación auténtica del "traditio" latino, que en el léxico jurídico ha conservado su sentido etimológico, quiere decir la entrega que la humanidad pretérita ha hecho a la presente de todo cuanto ha venido atesorando su espíritu en el prolongado discurrir de los tiempos.

Bien puede comprenderse que cuando hablamos de tradición y de tradicionalismo no estamos refiriéndonos, ni adhiriendo a la cerrada orientación filosófica que, como ardiente reacción contra el pensamiento de la Enciclopedia, dirigieron José de Maistre y Luis de Bonald en las postrimerías del siglo XVIII y albores de la pasada centuria.

Por tradición entendemos la transmisión de la herencia específica, la articulación histórica, en virtud de la cual es posible que cada generación asimile el substratum de sabiduría de las anteriores sin necesidad de repetir la milenaria experiencia de la especie.

## RAFAEL BERNAL JIMENEZ

Así concebida, la tradición es el supuesto mismo de la cultura y del progreso; sin ella no sería posible el desarrollo de las ciencias, ni de las artes, ni de las técnicas pragmáticas, ni de las instituciones jurídicas; porque ninguna ciencia, ni arte, ni técnica, ni institución se ha elaborado o constituido en el transcurso de una sola vida humana o de una sola generación de hombres. El saber de nuestra época fruto es de las generaciones pretéritas; si desdobláramos la complicada madeja de la ciencia contemporánea, conducidos por el hilo de oro de sus leyes y principios, llegaríamos a través de los espacios y los tiempos hasta la génesis de la humanidad primitiva.

Y si pretendiésemos enrollar de nuevo el hilo para reconstituir el ovillo de la cultura vigente, tendríamos que transitar durante miles y acaso millones de años por los accidentados senderos que la especie ha recorrido en la legendaria tarea constructiva de sus actuales formas de existencia.

Esto que ocurre en cada una de las fases del poliédrico panorama de la civilización material, también acontece en el orden del desarrollo psicológico y aún en el más hondo de las abstracciones metafísicas. La inconformidad filosófica de los hindúes que no se resignaba a la brevedad de la vida humana ante la inmensurable experiencia que demandaba el descubrimiento del misterio de Brahma, imaginó el mito de la reencarnación, concebido a la manera de una larga peregrinación del Atman, o espíritu del individuo, a través de muchas vivencias terrestres en busca de la verdad intangible.

También la obra de la cultura es un ansioso peregrinar del esfuerzo humano a lo largo de la historia y la historia no es más que el recuento de esas experiencias milenarias.

La articulación de las diversas etapas histórico-culturales se realiza por medio de la tradición y ésta constituye el eslabón que enlaza en el presente, el pasado que se aleja con el futuro que se aproxima, y por ello, los valores vigentes no son sino zonas de interferencia entre la historia que es cultura realizada y el porvenir que es cultura por actualizar.

Sin la tradición, por lo tanto, no sería posible el progreso, porque ella lejos de representar el fixismo rígido de los valores, adquiere, dentro del devenir universal, significación dinámica que opera con lógica incontrastable en la preparación de los acontecimientos. La tradición no es el ancla que el espíritu conservador arroja al océano del tiempo para detener la marcha de la cultura, sino la corriente poderosa que desde las remotas playas primigenias infla las velas de la imaginación creadora por las rutas ordenadas de sus excelsos destinos.

Pero esa que podríamos llamar la materia de la cultura, al transmitirse por la tradición, experimenta modificaciones, cambios—acaso únicamente cuantitativos—que le imprimen nuevas formas características de las nacientes etapas y que reflejan al propio tiem-

## Tradición, Evolución, Revolución

po la sensibilidad típica de la época y el aporte de las generaciones advenidas.

Acusa entonces su presencia un fenómeno que Leibnitz entreviera con denominación de "Evolutio", que Jakob Boeme tradujera a la terminología filosófica alemana con el vocablo "Auswicklunt" y al cual Herbert Spencer diera su máximo contenido en la interpretación evolucionista de la sociedad, de la civilización y de la vida.

Evolucionar es desarrollarse y en el sentido spenceriano el transitar de las formas en un proceso cósmico que va desde lo homogéneo indiferenciado hasta lo heterogéneo específico. En el curso del proceso evolutivo, la materia de la cultura, así como los organismos vivientes, hallaríanse en perpetuo movimiento de transformación o sea de tránsito entre formas antiguas que se abandonan y formas nuevas que se van adquiriendo.

Aparece entonces la supuesta contraposición entre la tradición y la evolución, entre lo que cambia y lo que permanece, entre lo estático y lo dinámico en el orden de la vida, pero también en el orden de los valores culturales, éticos, estéticos y jurídicos.

La cuestión ha adquirido su máxima complejidad al presentar un carácter trascendente, en la interpretación de los fenómenos físicos, biológicos y sociales. Pero ella no es nueva. Se esboza para la explicación de los seres vivientes en el lejano pensamiento de Anaximandro y de Empédocles de Agrigento.

La contraposición entre las orientaciones estática y dinámica, se plantea cuando frente a la teoría del devenir de Heráclito de Efezo, Parménides de Elea, el metafísico, levanta la teoría de la inmutabilidad del ser, base de toda posterior ontología. Para el eleático existe la permanencia del ente esencial y es justamente esta permanencia del ser lo que hace posible su conocimiento y cognoscible también su naturaleza inmutable. La concepción heraclítana niega la posibilidad de toda permanencia, porque ella a la manera de la antigua filosofía vedántica, considera el mundo como ficción, como un proceso cíclico de fenómenos incoercibles, fugaces, transitorios, carentes de contenido esencial, que van desfilando ante nuestra percepción impotente, como las ondas de un río en las cuales no podremos bañarnos dos veces, hacia la ineluctable corriente del devenir universal.

La filosofía del ser de Parménides y la filosofía de lo impermanente de Heráclito abren la disputa histórica entre dos concepciones cuyos últimos desarrollos irrumpen en el campo de la biología social.

Existe una tendencia a relacionar este problema con el espíritu dominante en la antigüedad y en el mundo moderno; así Rodolfo Eucken afirma: "no hay acaso convicción y doctrina en la cual la antigüedad y la nueva manera de pensar sean más divergentes; la teoría de lo inmutable está en relación tan estrecha con los ideales de la antigua manera de pensar, como la doctrina evolucionista con los de los tiempos modernos"... No es rigurosamente exacto este acer-

## RAFAEL BERNAL JIMENEZ

to; ya vimos cómo la concepción evolucionista y la filosofía de lo impermanente emergen en las concepciones más antiguas de los tiempos vedánticos de la india y de los cosmológicos del pensamiento griego. Concomitante con la interpretación dinámica del mundo podríamos referirnos al concepto sobre la tendencia cósmica a la perfectividad que hallamos en la doctrina de Platón, y más acentuado aún en la neoplatónica y la agustiniana. De otro lado la doctrina eleática de la inmutabilidad, preside, como el mismo Eucken lo anota, el pensamiento filosófico de la época clásica de Grecia.

Es un hecho, sin embargo, que en los tiempos actuales se ha esbozado y tiende a cobrar fuerza una orientación sociológico-jurídica que pretende llevar al campo de las disciplinas sociales un criterio en gran parte fundado sobre la impermanencia de los valores absolutos.

El evolucionismo de Spencer había afirmado como condiciones indispensables para la realización del proceso evolutivo, en el orden biológico, dos supuestos intrínsecos de la materia orgánica: la plasticidad o virtualidad de reaccionar ante los estímulos externos y la polaridad o capacidad de repartir las modificaciones producidas entre las diversas unidades fisiológicas. Mas, como el mismo Spencer asimila el cuerpo social a un organismo viviente, resulta de ahí que tales supuestos de la evolución, existen también en toda agrupación humana. Tanto Spencer como Darwin se esfuerzan por reducir a leyes científicas los fenómenos de la conservación y fijación de los caracteres por la herencia, al impulso, para ellos ineluctable, de la adaptación a las condiciones mesológicas. Tales fenómenos se operarían también en los organismos sociales.

La teoría organicista ha sido seriamente rebatida por la sociología moderna, por no encontrar legítima la asimilación de una célula inconsciente y fisiológicamente subordinada a la existencia de un ser orgánico y el individuo humano, dotado de una personalidad autónoma y de una conciencia psíquica.

Pero, aún aceptando por vía de simple paralelismo y no de asimilación la afinidad entre el ser orgánico y el grupo social, tendríamos que los mismos padres del evolucionismo moderno colocan como fenómeno básico del proceso transformador, la fijación de los caracteres por la transmisión hereditaria. Pero qué es esta fijación de caracteres al impulso determinante del ancestro, si no una expresión de la tradición en las formas de la existencia colectiva?

De donde se desprende que no se puede profesar una doctrina dinámica de la sociedad sin basarse en el reconocimiento de los valores tradicionales. Así lo reconoció Leibnitz, el filósofo dinamista por excelencia, cuando sentó su principio de continuidad sobre el apotegma incommovible de que "Natura non facit saltus", sino que, por el contrario, ella procede lentamente y, a veces en forma tan imperceptible que no podemos apreciar las zonas de tránsito entre los elementos al parecer antitéticos.

La evolución, considerado este hecho en el campo social co-

## Tradición, Evolución, Revolución

mo la transformación de las instituciones bajo la imperativa necesidad de la adaptación a las nuevas exigencias vitales, es un lento y regular tránsito de las formas inoperantes o caducas a las nuevas modalidades de la existencia; en todo proceso evolutivo hay, por lo mismo, algo de natural y de espontáneo; la transformación por evolución no supone el quebrantamiento brusco de los viejos moldes de la cultura sino su natural conformación a los imperativos emergentes.

Este orden natural, preside el desarrollo espontáneo de todos los organismos y de todas las instituciones; puede ser estimulado artificialmente por la técnica humana, pero no violentado por la voluntad de los hombres. Cuando se violenta, se rompe el nexo de la continuidad histórica; es el fenómeno de la **revolución** que, por serlo, rebasa las esferas de la normalidad y de la espontaneidad evolutivas. La revolución, se nos presenta, por lo tanto, como el rompimiento artificial y violento de los eslabones tradicionales. Por ello toda revolución va acompañada de movimientos espasmódicos y de reacciones angustiosas semejantes a las que se producen generalmente en los organismos animales cuando una acción anómala ataca o perturba el normal funcionamiento de la vida.

La revolución tiende, por lo general, a evadir el proceso evolutivo quemando en la pira de la impaciencia las etapas históricas; en veces se presenta también como la reacción contra los males sociales que amenazan corromper las fuentes de la vivencia colectiva. En el primer caso, que es el más frecuente, la revolución se enfrenta a los valores tradicionales en un desenfrenado empeño anarquizante; en el segundo, la revolución toma los caracteres de una contrarrevolución del orden contra la anarquía y es, por lo tanto, una simple restauración de los fueros tradicionales contra los elementos perturbadores de la sociedad y de la cultura.

---

Hemos analizado, señoras y señores, en forma bastante sintética, el significado social de estas tres expresiones: tradición, evolución, revolución. Hemos visto también cómo, en la explicación del desarrollo cultural se han querido enfrentar, de un lado la interpretación estática del ser y de otro la dirección dinámica del constante devenir. De tal análisis puede deducirse claramente que tradición y evolución, circunscribiendo la acción de esta última dentro de las fronteras específicas de los diversos seres, no son sino expresiones del mismo proceso de la afirmación de la existencia. El ser afirma su supervivencia en la especie y para afirmarla se adapta a las exigencias del ambiente histórico y geográfico por modo evolutivo.

Réstanos sin embargo saber si la evolución en el campo social, significa una eliminación de los valores tradicionales o si ella, como lo quiere la dialéctica hegeliana, se puede comprender como la

## RAFAEL BERNAL JIMENEZ

negación permanente de las formas anteriores para provocar, por el enfrentamiento de las antítesis, las síntesis superiores de la cultura.

La historia nos demuestra que esta eliminación y esta negación no existen. Tomemos por ejemplo el desarrollo mismo del lenguaje humano: las formas modernas, en todos los idiomas vigentes, no son sino perfeccionamientos de los signos gráficos y fonéticos fundamentales que la humanidad empleó desde sus más remotos orígenes. Tales signos han venido afirmando su valor a través de las múltiples complicaciones que la técnica idiomática ha introducido a través de los tiempos. Pero es más: ninguno de los idiomas vigentes ha sido estructurado por la acción de un solo hombre o de una sola generación, ni ninguno de ellos en ninguna etapa de su desarrollo constituye la negación o antítesis fundamental de su forma inmediatamente precursora.

La misma observación podríamos hacer para todo cuanto constituye el conjunto de las adquisiciones humanas en el orden de la ciencia, del arte y de la técnica. El hombre no ha creado nada pero sí ha transformado mucho; su actividad es una actividad constantemente transformadora y dinámica; pero la materia de sus transformaciones permanece siempre la misma.

También la materia cósmica permanece cuantitativamente la misma, in genere, a pesar de las constantes transformaciones químicas de sus elementos singulares; de otra manera no podría explicarse la constancia en el peso y en el volumen de nuestro globo terráqueo; también la energía, varía en sus expresiones y múltiple en sus aplicaciones, es una, constante y permanente, como lo demostraran Huyghens, Leibnitz y Roberto Mayer.

Existe, pues, la materia de la cultura y las formas de ella, como existe la materia y la forma en el mundo extra-humano. En uno y otro caso tiene aplicación la honda y cada vez más incommovible concepción hilomórfica del universo que brillara en la mente de Aristóteles y tomara recia contextura dogmática en el poderoso cerebro de Tomás de Aquino.

Si es verdad que las instituciones humanas van transformándose en el decurso de los milenios, no es menos cierto que, a través de esos cambios hay algo que permanece idéntico a sí mismo, con vigencia perenne y validez universal; ese algo es la materia de la cultura; es el substratum de las transformaciones, es el contenido mismo de la tradición.

Permitidme que apele a los términos empleados por Manuel Kant para establecer la diferencia entre el mundo de lo cambiante y el mundo de lo inmutable esencial. Los cambios, las transformaciones sociales ocurren en el aspecto de lo fenomenal, pero en el fondo de esas modificaciones permanece siempre el noumeno, la esencia constante que afirma su valor a través de la inconstante trayectoria del devenir.

Existe, pues, un mundo de fenómenos cambiantes y una ma-



## Tradición, Evolución, Revolución

teria permanente. Quiere esto decir que debemos discriminar claramente entre el aspecto estático y el dinámico de la cultura.

Lo estático es aquel conjunto de principios axiomáticos y de leyes inmutables que rigen la actividad del pensamiento o presiden la evolución de la naturaleza. Lo estático existe, pues, en el mundo de lo psíquico, de lo moral y de lo material; en la órbita del individuo y en la esfera de la sociedad.

En el orden de la materia, sin embargo, lo estático no es lo necesario sino lo contingente esencial; la estática en el orden de la naturaleza es siempre un concepto relativo, como relativo es todo cuanto existe en el mundo de lo temporal; lo absoluto necesario no existe sino en Dios, pero el espíritu humano tiende hacia lo absoluto por la misma necesidad de su ser espiritual; por ello se justifican estas palabras de Tristán de Athayde, el más alto exponente del pensamiento católico actual en la América Latina: "La razón humana concibe tanto mejor la permanencia cuanto mayor es su capacidad de penetración en lo profundo de las cosas. Y surge, entonces, como expresión de la racionalidad específica de la especie humana, el concepto correspondiente al hecho de la inmortalidad para el espíritu creado y el concepto correspondiente al hecho de lo absoluto para el espíritu creador. El hombre va así naturalmente al encuentro de Dios, como el animal va al encuentro del hombre, el vegetal al encuentro del animal y el mineral al encuentro del vegetal. Cada uno de acuerdo con las líneas de su naturaleza específica".

Por ello lo absoluto para la vivencia humana se halla en los valores éticos porque éstos dimanar de la ley eterna y como ella participan de su inmortalidad.

Quienes, apoyándose en una falsa interpretación dinámica de la sociedad, desconocen la perennidad de las leyes morales, se colocan en la más deplorable posición materialista. Y quienes, basándose en esta equivocación afirman que no existen principios éticos absolutos y que, por lo tanto, el orden jurídico, que es eminentemente un orden moral, se halla sometido a los avatares impuestos por las circunstancias cambiantes del tiempo y del espacio, están demoliendo los cimientos de ese mismo orden construido con el esfuerzo y el sacrificio de tantas generaciones pretéritas.

Ni la verdad ética, ni la verdad jurídica, son verdades en función de su eficacia práctica, como lo pretende el pragmatismo de William James, la más funesta de las derivaciones modernas del positivismo, sino que ellas son verdades por el contenido absoluto que les comunica el ser emanaciones de la ley divina. Ni tampoco prueba nada contra la vigencia universal de ellas el que en diversas ocasiones de la historia humana hayan sido pretermitidas sus leyes por pueblos enteros, porque la violación de una ley no prueba nada contra su vigencia.

El principio ético-jurídico del respeto a la vida humana es estático en cuanto rige para todos los hombres en todas las épocas y podrá ser dinámico únicamente en cuanto a sus proyecciones sobre

## RAFAEL BERNAL JIMENEZ

las formas del derecho positivo humano. El derecho a la propiedad privada es estático en cuanto a que, participa de la universalidad y de la permanencia del orden jurídico natural, pero será dinámico en cuanto a sus adaptaciones formales a las exigencias económicas de los diversos estadios del desarrollo social.

La enumeración sería densa y prolija pero ella llevaría al esclarecimiento completo del problema analizado. Ella nos conduciría a la confirmación final de que en el fondo esencial de las transformaciones sociales queda siempre un núcleo de principios inmutables, que forman la materia de la cultura, el substratum de las transformaciones, es decir, el contenido tradicional de la cultura.

Señoras y señores:

Esta disertación ha sido, quizá, demasiado fatigante y acaso haya rebasado, con doble abuso, de la benevolencia rectoral y de la del distinguido auditorio, los límites para ella señalados.

Si el desarrollo del tema nos ha llevado más a los planos ideológicos que a los literarios, tan del gusto de los públicos corrientes, sea ello en homenaje a la calidad intelectual de esta urbe universitaria.

Jóvenes universitarios: para vosotros especialmente hemos intentado recorrer un pequeño ángulo de ese inmenso velo que cubre el gran problema de la cultura contemporánea: la lucha entre lo antiguo y lo moderno, entre lo estático y lo dinámico, entre los valores de la tradición y los estímulos transformadores.

También en cada uno de vosotros, en cada uno de nosotros, como sers vivientes que somos, se opera el proceso entre lo permanente y lo mutable; el hombre, se ha dicho con cierta razón, es un microcosmos que reproduce la actividad de la naturaleza.

En vuestro sér, que abandona el ilusorio paisaje de la adolescencia para lanzarse por los vibrantes senderos de la juventud, palpita el ímpetu renovador, el anhelo impreciso del ideal irrealizado, el impetuoso designio de la original afirmación. Existe en cada uno de vosotros un universo de ambiciones que os lleva a imaginaros como los posibles artífices de un orden nuevo, diverso y aún opuesto a todo cuanto habéis hallado ante vuestros ojos al abrirlos a la vida del pensamiento. Y está bien que ello sea así. La juventud es una suma de potencialidades como la vejez una sustracción de ambiciones. Tenéis un deber que cumplir con vuestra generación: esa misión dinámica por excelencia, es la superación del pasado. Mas para superar el pasado necesitáis conocer el pasado; aún más: es preciso comprender el pasado. Vuestras experiencias nada tendrán de original si ellas han sido ya realizadas; vuestros descubrimientos serán repeticiones inútiles si ignoráis que ellos ya pertenecen a la historia; vuestras ideas serán plagios inconscientes si desconocéis a quienes antes las pensaron.

Ante vuestra vista se presenta el porvenir como un sendero lu-

## Tradición, Evolución, Revolución

minoso que os invita a escalar las alturas; mirad al pasado y vuestra limitada visión no alcanzará a columbrar el inmensurable camino de la historia que han tenido que recorrer las longevas generaciones de vuestros antepasados para dejaros en el sitio en que al presente os encontráis. La trayectoria de la cultura está jalonada por la sucesión de las tumbas. Los muertos dirigen la marcha de los vivos desde la fosforescente noche de los sepulcros.

Rindámosles tributo a ellos que han edificado la gran pirámide de la civilización desde cuya crepitante cúspide podemos afirmar la dignidad humana. Rindámosle tributo a la tradición que es esencia perenne de verdad acendrada en las alquitaras del tiempo. Vuestra inconformidad será fecunda únicamente en cuanto sepa respetar el contenido del saber ancestral escanciado como un añejo vino en el armonioso talle de las ánforas antiguas.

Que vuestra obra se edifique sobre la roca incommovible de los valores históricos para que pueda resistir el ímpetu de la adaptación evolutiva y que sea dinámica para que vuestro pensamiento, conducido por el hilo ascendente de vuestro anhelo de superación, os lleve al encuentro del espíritu, y de lo esencial necesario, en el Sér unico desprovisto de toda contingencia, por ser eternidad pura y absoluto inmutable, es decir, en Dios.

